

de aquel recinto inviolable, y con frecuencia entraban á él gruesos destacamentos que acudían de diversos puntos, y que se computaban como otros tantos refuerzos. Eran los mismos soldados que salían durante la noche, se engrosaban con algunos reclutas, y al cabo de varios días regresaban al campo atrincherado figurando un nuevo contingente. Con esta fantasmagoría nadie dudaba que el ejército del norte contaba dentro de aquellos muros con más de 4,000 hombres.

En esta actitud contenía por la acción moral la anunciada invasión del ejército sobre Tucumán, á la vez que lo combatía por la guerra de partidarios al frente y á la espalda, mientras él maduraba sus planes y aumentaba sus fuerzas para desalojar á los realistas del territorio que ocupaban, ó los obligaba á evacuar á Salta y Jujuy, sin combatir, — como sucedió, — por la acción combinada de todos estos medios, cuya eficacia se apreciará mejor más adelante.

Bien se alcanza que, mientras Montevideo estuviese dominado por la España, y la revolución de Chile no diese sólidas garantías de cubrir á las Provincias Unidas por uno de sus flancos vulnerables, era imposible pensar en ningún movimiento ofensivo sobre el Alto Perú. Por esto, los planes del

» tre la línea del punto fortificado, la posición de la ciudad y la posición topográfica de sus inmediaciones, con todo lo demás que crea V. S. conveniente á satisfacer esta orden, sino también el plan ó planes de ataque que tenga meditados para la ofensiva. — Buenos Aires, abril 4 de 1814. — *Francisco Xavier Viana.* » — Hé aquí la última contestación al respecto: — « Excmo. señor: Por correo de 16 del presente tuve el honor de dirigir á las superiores manos de V. E. un plano sujeto á escala del campo atrincherado que he mandado construir en las inmediaciones de esta ciudad. Luego que logre recobrar del peligroso accidente que me ha atacado, instruiré á V. E. por extenso de las razones que me movieron á formar lo, cumpliendo con esto y lo demás que de orden suprema se me previene en oficio del 4 del corriente por la secretaría de guerra. — Tucumán, abril de 1814. — (estando enfermo San Martín, que es el que habla, firma:) *Francisco Fernández de la Cruz.* — Excmo. señor Supremo Director del Estado. » (*M. S. del Arch. Gral.*)

General del Norte no iban más allá de Jujuy, y se limitaba entretanto á una rigurosa defensiva militar, haciendo servir su ejército de punto de apoyo de la resistencia popular, que en Salta, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra hostigaba al enemigo, lo debilitaba, y paralizaba sus movimientos ganando y perdiendo batallas.

III

Al mismo tiempo que reorganizaba su ejército y remontaba su fuerza, en previsión del ataque y la defensa, San Martín se constituía en maestro de una nueva escuela militar, teniendo que educar discípulos indóciles y desaplicados, como él mismo decía: — « En vez de aplicarse con más empeño » que nunca á la propia instrucción y disciplina de la tropa, » he tenido el desconsuelo de verlos abandonados, distraídos » y negligentes, dando (los oficiales) más trabajo que los » mismos soldados » (13). En su severa escuela se iniciaron en los rudimentos del arte de la guerra que ignoraban, se retemplaron los resortes relajados de la disciplina, y se educaron oficiales y soldados aprendiendo á mandar y obedecer. Sobre la base del regimiento de Granaderos á caballo que presentaba como modelo digno de copiarse, introdujo en la caballería los adelantos de la táctica moderna, reformó la del arma de infantería y estableció al efecto una academia que él presidía en persona (14). Otra de las reformas que intro-

(13) Of. de San Martín de 8 de abril de 1814. (*M. S. Arch. de Guerra.*)

(14) Of. de 11 de marzo de 1811. (*M. S. del Arch. de Guerra.* — El General Paz en sus « Memorias », t. I, p. 171, dice respecto de la nueva escuela introducida por San Martín: « El nuevo general organizaba el » ejército en los rudimentos de la táctica moderna, que hasta entonces » no conocíamos: estábamos en el mayor atraso, en la más oscura igno-

dujo fué abolir las exhibiciones de mero aparato en la milicia, de que tanto se había abusado en los primeros años de la revolución, contrayéndose á hacer del soldado una verdadera máquina de guerra, sin descuidar por esto los móviles que podían estimular el patriotismo, pero con seriedad, de modo de infundirle una conciencia más austera del deber militar.

El General Belgrano, reducido á la condición de simple jefe de regimiento, recibía modestamente las lecciones del nuevo General. En una ocasión, al repetir la voz de mando que daba el General en jefe, el coronel Dorrego, pretendió hacer mofa de Belgrano. Era Dorrego el jefe más altivo y prestigioso del ejército, con defectos de carácter que deslucían sus bellas cualidades. San Martín (que lo distinguía especialmente y aun lo había propuesto para mayor general de su ejército) le llamó al orden, y al reincidir en la misma falta, empuñó un candelero de bronce, con que dió un vigoroso golpe sobre la mesa que tenía por delante, y le dijo mirándole con sequedad: — « He dicho, señor coronel, que hemos » venido á uniformar las voces de mando. » Dorrego, dominado por aquella voz y aquel gesto, no volvió á reirse; y nadie volvió á reirse ya en presencia de San Martín. Pocas horas después, Dorrego era confinado á Santiago del Estero en castigo de su innoble ligereza (15).

» rancia, » — No sólo al arma de caballería, — que era su especialidad, — se extendieron sus reformas: también la táctica de infantería fué mejorada por él, según consta del testimonio del General Luzuriaga, á la sazón coronel del batallón núm. 7 que formaba parte del Ejército del Norte: hé aquí sus palabras: « Nombrado (habla de sí en tercera persona) jefe de un nuevo cuerpo de infantería que formó con una conscripción de esclavos y libertos, recibió la instrucción viva voce y práctica, personalmente del General San Martín, el primero que introdujo » la nueva táctica y la enseñó en América, aun antes que los españoles » en los ejércitos que tenían en ella. » (*Memorias del General Luzuriaga. M. S.*)

(15) General Lamadrid: « Observaciones sobre las Memorias del General Paz, » p. 43.

En otra ocasión, habiendo ordenado que cada cuerpo presentase á una hora determinada un piquete de 25 hombres á fin de entresacar los más aptos para remontar el regimiento de Granaderos á caballo, el comandante Lamadrid, uno de los jefes más valerosos y mimados del ejército, se le presentó con el objeto de hacerle algunas observaciones. Apenas se le presentó, San Martín sacó el reloj y le dijo: — « Han » pasado ya dos minutos de la hora en que deben estar en » la formación los piquetes que se han pedido. » — Desde ese día nadie le hizo observaciones (16).

Para completar su plan de educación militar, fundó una academia de matemáticas, organizando con sus alumnos un plantel de ingenieros, y trazó con ellos el pentágono y los bastiones del campo atrincherado, inculcándoles al fijar los jalones y al tender las cuerdas sobre el terreno, que « ejército » sin matemáticos, no puede existir » (17). Intentó generalizar en los cuerpos del ejército la institución secreta de los Granaderos á caballo. Como encontrara resistencias para su adopción, se limitó á permitir el duelo, lo que modificó el

(16) General Lamadrid: « Observaciones » etc., p. 44.

(17) He aquí el oficio en que da cuenta al Gobierno de esta creación: — N.º 36. *Guerra* — Excmo. señor: No puede existir un ejército sin que lo acompañe un número de oficiales de conocimientos matemáticos, para poder ser empleados en las infinitas atenciones que son necesarias: á este efecto he reunido algunos que tenían sus principios, los que bajo la dirección del teniente coronel don Enrique Paillardel hacen ya sentir sus buenos efectos, como se deja ver en los trabajos de fortificación comenzados sin más gasto para el Estado que el de seis pesos de gratificación á cada uno de los oficiales, y doce pesos al director para la precisa mantención del caballo. Igualmente he mandado al citado Paillardel abra una academia de aritmética y geometría para instrucción de los oficiales del ejército que voluntariamente quisieran estudiar, lo que verificó el 25 del pasado. — Tucumán, marzo 4 de 1814 — José de San Martín. » (*M. S. del Archivo general.*) — Paillardel había sido el principal agente de Belgrano para revolucionar en 1813 los pueblos de la costa del Bajo Perú desde Arica hasta Arequipa. En 1815, Paillardel subía á un cadalso, víctima de las facciones internas.

espíritu del ejército, y produjo mayores inconvenientes que ventajas (18).

Por este tiempo, se separó de su lado el más ilustre de sus discípulos, y su maestro en abnegación, virtud y patriotismo. El General Belgrano, arrebatado á su amistad, al amor de las poblaciones y á las simpatías del ejército, por las exigencias del Gobierno que se empeñaba en someterlo á juicio por sus últimas derrotas, era este discípulo y este maestro. Un nuevo rasgo acentuará la fisonomía de estos fundadores de las dos grandes escuelas militares de la revolución, cuya influencia se ha prolongado en sus discípulos por más de dos generaciones. Dejaremos que uno de ellos establezca el contraste con sus propias palabras, dando á la vez una alta lección moral. Al pasar Belgrano por Santiago del Estero, postrado por la enfermedad y entristecido por la desgracia, encontré con el coronel Dorrego. Éste aprovechó la oportunidad para vengarse del General que lo había confinado allí, haciendo que un loco pasease las calles de la ciudad, ridículamente ataviado con un remedo del uniforme del vencedor de Tucumán y Salta, recientemente derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, y mostró así que no sabía ni agradecer, ni perdonar, ni respetar siquiera el infortunio.

Mientras su caricatura era el ludibrio de la ciudad, Belgrano con alma serena escribía á San Martín una carta criticando su sistema disciplinario, especialmente en lo relativo al duelo, y le daba amistosos y patrióticos consejos dignos de consignarse en las páginas de la historia. Decíale: « La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino con la opinión, apoyada en las virtudes morales. Conserve la bandera que le dejó. Acuérdesese que es un general cristiano: tenga presente no sólo á los generales de Israel, sino á los

(18) General Paz: « Memorias. » t. I, p. 176.

» de sus gentiles y al gran Julio César que jamás dejó de
» invocar á los dioses inmortales, y por sus victorias se de-
» cretaban rogativas en Roma » (19).

El general que con esta libertad de espíritu y prescindencia de formas externas evocaba al Dios bíblico de Israel y á los dioses mitológicos de la antigua Roma bajo la advocación de Cristo, era un verdadero creyente, un patriota y un político que perseguía un propósito, al poner en juego los resortes morales que mueven al hombre al sacrificio. Era el inventor de la bandera argentina como símbolo de independencia. Había nombrado por generala de su ejército á la Virgen de Mercedes y depuesto á sus pies las banderas conquistadas al enemigo con soldados que llevaban sobre sus uniformes los escapularios que él mismo distribuyó antes de la batalla como talismanes de la victoria. Á la sazón, enseñaba á San Martín que la guerra no sólo había de hacerse con las armas, sino también con las fuerzas morales. Era un maestro en su género, que daba lecciones á otro maestro más grande que él como genio militar, el cual, creyendo también en la fuerza

(19) Carta de Belgrano á San Martín (M. S. Pap. de San Martín). En el Apéndice se insertará íntegra. San Martín contestó enviándole el reglamento secreto (que ya Belgrano conocía) con explicaciones acerca de él y anunciándole su resolución de marchar sobre el enemigo. Belgrano replicó el 21 de abril diciéndole, que « si no ha de llevar la victoria en la mano, se mantenga á la defensiva, » dándole juiciosos consejos sobre sus operaciones, y terminaba con estas palabras: — « Mas yo estoy habiendo sido con un general militar, que yo no lo he sido ni lo soy; pero mi deseo de la felicidad de la patria y de la gloria particular de V. me obliga á ello. Aumente V. su ejército, doctrínelo bien, satisfágase del honor de sus oficiales, y prevéngase de cuanto necesita para aprovecharse venciendo, ó para retirarse perdiendo, y entonces póngase en marcha. Hágase sordo como Fabio á cuanto se diga de dilación, que las armas de la patria serán felices en sus manos. » (Arch. San Martín, vol. III, núm. 3). — Más tarde, San Martín, imitando el ejemplo de Belgrano, nombró á Nuestra Señora del Carmen generala del Ejército de los Andes y depositó á los pies de ella su bastón de mando, que aun se conserva, aunque no en manos de la Virgen, como se explicará en su lugar.

de la opinión de los pueblos viriles, creía más en la disciplina y la estrategia que en la eficacia de los escapularios y en la intervención de las divinidades antiguas y modernas.

Los dos grandes maestros no volvieron á verse en el mundo ; pero fueron eternamente fieles el uno al otro

IV

« La guerra no sólo ha de hacerse con las armas, sino también con la opinión, » decía Belgrano á San Martín, en momentos en que esta gran verdad se comprobaba por hechos memorables, que eran la consecuencia de la fiel observancia de esa máxima. La revolución, vencida por las armas, triunfaba por la fuerza de la opinión en el Alto Perú y en la línea de las operaciones militares. Los ejércitos realistas, al derrotar á los ejércitos patriotas, no habían podido quebrar el espíritu público, y dueños del campo de batalla ó del terreno que ocupaban con sus armas, se sentían paralizados en sus operaciones y dominados por las poblaciones insurreccionadas á su frente y á su retaguardia. La provincia de Salta fué una de las que se señaló en este nuevo género de hostilidades, iniciando un nuevo sistema de guerra defensivo-ofensivo, que contribuyó eficazmente al triunfo de la independencia argentina.

Situada la provincia de Salta en la extremidad septentrional del territorio argentino y en contacto con el Alto Perú, fué una de las primeras que respondió al movimiento inicial de Buenos Aires en mayo de 1810, cerrando el circuito revolucionario, que revelaba en su órbita el movimiento circulatorio de los elementos coherentes que debían constituir una nueva nacionalidad, cuya ley geográfica en el orden político y militar hemos estudiado en el capítulo anterior. Desde en-

tonces, Salta fué el palenque cerrado de las invasiones realistas al territorio argentino, como el Alto Perú lo fué de las invasiones argentinas al territorio del Perú. En uno y otro teatro, fué donde se desenvolvió esa fuerza latente de la revolución á que nos hemos referido ; pero en Salta, más sistemáticamente y con más eficacia.

La primera manifestación popular de la población de Salta, que acusó desde un principio una predisposición nativa, fué la organización de su milicia cívica, con caracteres espontáneos y originales, obrando con independencia y por inspiración propia en sus medios de ataque y defensa. Organizada en 1810 la guardia urbana de infantería por alistamientos voluntarios de jóvenes, llamados entonces *nobles ó decentes*, surgió de improviso del pueblo una partida de caballería de campesinos, con instintos de cosacos y cualidades de mamelucos, pero con tendencias y formas nuevas, acaudillada por un oficial destinado á ilustrarse por hechos memorables (20). Era éste el teniente Martín Güemes, natural de Salta, que había hecho sus primeras armas contra los ingleses en las jornadas de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires en 1806 y 1807, y que á la sazón se constituía en vanguardia del primer ejército patrio que marchaba á invadir el Alto Perú. Al frente de su improvisada partida, ensanchó la

(20) Hé aquí la noticia que sobre la composición de esta partida da el gobernador-intendente de Salta que lo era á la sazón don Feliciano Antonio Chiclana, en nota al gobierno de 13 de setiembre de 1810 : « El » teniente de Granaderos de Fernando 7.º don Miguel Martín Güemes es » oficial infatigable, y creo no sería fuera del caso estimularlo á mayores » empresas. La partida de este teniente se compone en el día de 60 hom- » bres bien armados y dispuestos á atacar á los collas en la estrechura » más proporcionada. Este número se ha completado con 4 cabos de » esta asamblea, los expatriados (del Alto Perú) que ha armado don » Diego Pueyrredón, con los Blandengues y Patricios, don Pedro Noailles, » don Nicasio Caviato y el sub-teniente de la compañía de Andaluces » don Domingo Arévalo, todos los expatriados por Nieto. » (M. S. del Arch. Gral.)

zona avanzada de vigilancia de la revolución hasta Tupiza, interceptó los caminos, hostilizó al enemigo, hizo penetrar sus espías hasta Potosí á retaguardia de sus posiciones y los aisló así en un círculo que les impedía tener noticias de los movimientos de los patriotas. Destacado luego en Tarija, concurrió oportunamente con un refuerzo de hombres y municiones á la batalla de Suipacha en el mismo año de 1810, primera y última victoria de la revolución argentina en el Alto Perú. En 1811 pasó á Buenos Aires, conduciendo los prisioneros del Alto Perú, y fué agregado en clase de capitán, como comandante de milicias, al estado mayor general. Asistió hasta 1813 al segundo sitio de Montevideo, y estuvo ausente de su provincia natal durante las campañas de Tucumán y Salta; pero en 1814 encontrábase de regreso en Santiago del Estero, casi al mismo tiempo que el General San Martín se recibía del mando del Ejército del Norte y la insurrección de Salta contra el invasor tomaba formas populares, con una organización militar apropiada á sus medios y fines, que él perfeccionaría más adelante, dándole mayor consistencia (21). Muy pronto le veremos hacer su aparición histórica.

La insurrección salteña en presencia del invasor triunfante, fué tan deliberada como valerosa. La población emigró en masa por movimiento propio, refugiándose en los bosques y las montañas los hombres de armas llevar resueltos á combatir por su cuenta. Los ranchos de los campos quedaron abandonados y las ciudades casi yermas. En la capital de la provincia se sacaron hasta los badajos de las campanas para que el enemigo no pudiese ni aun celebrar sus triunfos con

(21) Doc. del Arch. Gral. de 1810, marcados en el Índice de Trelles con los números LXXXVIII y 223, p. 118. M. S. — Legajo del mismo: « Estado mayor, 1813. » *Guerra*. — Biografía de Güemes impresa en Lima.

ellas, permaneciendo en sus conventos tan sólo dos frailes valetudinarios para administrar los sacramentos á los enfermos y á los ancianos que no podían moverse. Un testigo presencial de alta autoridad, que da fe de este movimiento unánime y espontáneo, dice refiriéndose á él: — « Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heroica que » la provincia de Salta sola, opuso á los ejércitos españoles. » De entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que » hizo otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes » tenía aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que sa- » lían de la ciudad se veían siempre aisladas, marchando » siempre por un desierto y entre bosques, en que cada árbol » ocultaba un enemigo. Oficial español hubo que atravesaba » uno de ellos á la cabeza de su numerosa partida, con la pier- » na puesta sobre el pescuezo del caballo, silbando una contra- » danza, cuando una mano invisible, de lo más espeso del » bosque le disparó un tiro que lo dejó cadáver en el acto y » sobre el mismo sitio » (22).

Hechos más determinados y característicos darán idea de la espontaneidad y vigor de este movimiento insurreccional. — Posesionada de Salta la vanguardia realista, destacó al frente de una partida de 30 hombres armados de tercerolas y sables, á un teniente llamado Ezenarro, natural del Cuzco, con el fin de ocupar el distrito de Chicoana, á 52 kilómetros al sur de la ciudad de Salta en el valle de Lerma, el cual como americano renegado, exageraba la crueldad contra los de su raza. Sus exacciones exasperaron al paisanaje, predispuesto á la rebelión. En el primer domingo de su llegada, después de oír misa los del pueblo, dijo uno de ellos: — ¡ No hay más que alzarnos contra esa canalla! — ¿ Y con qué armas? preguntó uno. — Con las que les quitemos, repuso otro. — Un pro-

(22) Paz: « Memorias póstumas, » t. II, p. 171.

pietario de la localidad llamado Luis Burela, se puso al frente de sus paisanos, sorprendió la guardia, desarmó á Ezenarro y su partida, y los remitió prisioneros á Tucumán. Armado con las armas del Rey, salió á campaña y se aproximó á los Cerrillos á 15 kilómetros de Salta. Los españoles desprendieron contra él una compañía de línea, la que atacada inmediatamente por los insurrectos fué tomada en su mayor parte prisionera junto con su jefe y remitido como trofeo popular á Tucumán. — Otro propietario, llamado don Pedro Zabala, hombre de edad madura, imitando el ejemplo de Burela, formó en los mismos días otra partida con sus peones y algunos voluntarios, y se puso también en campaña entre San Agustín y los Cerrillos. Estas dos partidas iniciaron la resistencia y mantuvieron el terreno en que se alzaron inermes al frente del enemigo (23).

Generalizado y sistemado el movimiento insurreccional, todas las voluntades de hombres, niños y mujeres concurrieron á la resistencia: el enemigo se sintió vencido por ella. El general español Valdés, en una invasión posterior, al llegar con su tropa á la inmediación de un pobre rancho, y ver á un muchacho de cuatro años que montaba á caballo á la voz de su madre, y partía á todo escape para llevar á su padre la voz de alarma contra el invasor, exclamó: «¡Á este pueblo no lo conquistaremos jamás!» Y así fué, pues desde entonces Salta fué el invencible antemural delante del cual retrocedieron anonadados los más numerosos y aguerridos ejércitos realistas, rechazados por la sola fuerza de la opinión pública en acción.

(23) Informe de los servicios del coronel don Luis Burela por don Miguel Otero (contemporáneo y testigo) en un expediente sobre deuda consolidada de la Independencia (*M. S. de la Contaduría General.*)

V

No se comprendería bien el carácter original de la insurrección popular de Salta ni el papel militar que desempeñó en la guerra ofensivo-defensiva que inició, sin el conocimiento del teatro de sus operaciones, por lo cual se hace necesario echar una ojeada sobre él.

La provincia de Salta, de que entonces formaba parte integrante la jurisdicción de Jujuy, está enclavada entre los primeros contrafuertes de los Andes que se desprenden del último nudo meridional que forman sus dos cadenas, dentro de las cuales está encerrado el Alto Perú, y ligan la región de la pampa del Plata á la región montañosa con que linda, participando su naturaleza y su fisonomía del triple carácter de las llanuras y las montañas y de la intermediaria zona tropical á cuya inmediación se encuentra en el extremo norte de la República Argentina. Era por lo tanto la puerta y la barrera de las invasiones que descendían del Alto Perú, y su conservación ó su pérdida debía dar por resultado, ó bien el rechazo de ellas ó bien entregarles la llave del territorio. Jujuy era la primera etapa de las invasiones descendiendo por la quebrada de Humahuaca, y dominada ésta, los caminos que conducen á los valles y llanuras subsiguientes les quedaban abiertos; pero esto no les daba su dominio, y la ocupación misma de la ciudad de Salta tampoco resolvía este problema á menos de no ocupar militarmente todo el país y contar con las simpatías de su población.

Lo que propiamente se llama provincia de Salta, es un macizo de serranías en que se suceden valles abiertos, planicies y desfiladeros, con bosques y corrientes de agua que la hacen muy apropiada para una guerra irregular defensivo-